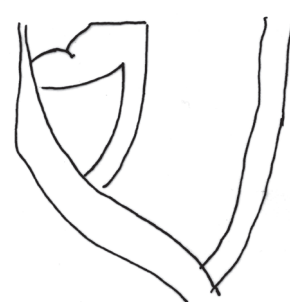


La escritura y la creación del pasado (fragmentos)*

Alexander Stille

¿QUÉ ES EL PASADO?

Habrán los que digan que, en sentido estricto, no existe. El pasado es únicamente el recuerdo o el remanente de cosas que ahora existen en el momento actual, una construcción mental que —aseada o embellecida— con frecuencia sirve a las necesidades de la hora presente en lugar de corresponder a alguna “verdad” histórica. “La historia es hojarasca”, dijo Henry Ford, expresando una opinión común en Estados Unidos, país que se imagina a sí mismo como una nueva sociedad orientada hacia el futuro, de personas que se han formado por su cuenta y que tienen una suspicacia pragmática ante la excesiva preocupación por el pasado. Y sin embargo, acaso porque vivimos en una época de cambios tan rápidos, la historia tiene una enorme capacidad para provocar emociones. Los *native americans* y los supremacistas blancos se pelean por los huesos de un cadáver congelado de hace diez mil años, ambos con la convicción de que se trata de su legítimo ancestro. La construcción de un rascacielos en Wall Street es abandonada en el momento en el que los trabajadores descubren un cementerio de esclavos africanos del tiempo de la Colonia. Las mesas directivas de las escuelas de Estados Unidos llegan a los golpes por la manera en que los libros de texto de historia describen a los Padres Fundadores de la nación, a las mujeres y a las minorías. Rara vez los debates alcanzan notas tan apasionadas como los que versan, digamos, sobre el gobierno de Vichy en Francia o sobre la conducta durante la guerra del ex-dirigente austriaco Kurt Waldheim. Los ciudadanos de la antigua Yugoslavia dieron testimonio recientemente de su voluntad de matar y morir por



* Fragmentos del epílogo del libro *The Future of the Past* (Picador, 2002). Traducción de Antonio Saborit.

Sin embargo, como el pasado es también una construcción mental y social, asimismo tiene su historia, la cual varía de una cultura a la otra y ha cambiado a lo largo del tiempo.

vengar las derrotas en batallas que se dieron en el siglo XIV y han utilizado la erradicación sistemática de la memoria —destruyendo bibliotecas, archivos y monumentos— como un medio para recuperar el control sobre Bosnia.

El sueño de los fundamentalistas islámicos —por ficticio que sea— consiste en devolver el mundo musulmán a la primera comunidad de creyentes en la época del profeta Mahoma y de los primeros cuatro califas. Las sociedades que no logran manejar adecuadamente su pasado parecen enfermarse, igual que las personas. La importancia crucial de la historia es evidente en un país como Rusia. ¿Por qué un país tan poderoso como ése, con una población altamente educada y enormes recursos naturales, se ha visto en tan prolongada situación de parálisis, mientras que otros estados ex-comunistas como Polonia, Hungría y la República Checa lo han hecho mucho mejor? La respuesta, en parte, se encuentra en sus tan diferentes historias. ¿Por qué motivo el comunismo en China, que se propuso limpiar la pizarra de la historia y crear una sociedad completamente nueva, termina reproduciendo tan alto número de rasgos de la burocracia centralizada de las dinastías imperiales que quería dismantelar? Para ser algo que no existe, el pasado es extremadamente fuerte. Como escribió William Faulkner: “El pasado no está muerto. Ni siquiera es pasado.”

Sin embargo, como el pasado es también una construcción mental y social, asimismo tiene su historia, la cual varía de una cultura a la otra y ha cambiado a lo largo del tiempo. En *El futuro del pasado* he tratado de describir diferentes aspectos de nuestra relación con el pasado, así como también la forma en la que ha ido cambiando bajo las presiones de los profundos cambios tecnológicos que ahora mismo se dan en el mundo. Tal vez el hilo conductor más claro en estos capítulos sea el efecto profundo que la escritura y la tecnología de la información han tenido en el registro de la historia y en nuestra relación con el pasado.

DE LA CULTURA ORAL A LA CULTURA ESCRITA

La escritura es una invención relativamente reciente de la historia de la humanidad, la cual hizo su aparición hace apenas cinco mil años y echó a andar la primera gran revolución informativa. No obstante la importancia de la escritura, la cultura oral siguió siendo la forma dominante de comunicación hasta los dos últimos siglos, cuando la Revolución Industrial hizo posible un alfabetismo masivo a escala global. Incluso en la actualidad, de las aproximadamente 6,500 lenguas que se hablan por todo el mundo, únicamente una pequeña fracción se escriben, y un tercio de la población sigue siendo analfabeta. Sólo

que en este momento, la mayor parte de las culturas tradicionales viven como minorías en el interior de sociedades alfabetizadas más grandes, y es probable que nuestro particular tiempo en la historia sea testigo de la desaparición de los últimos remanentes de las sociedades orales “puras” del mundo.

Durante muchos años, en el mundo académico occidental se tendió a hacer menos el testimonio oral, como si se tratara de cuentos sin ninguna trascendencia. Pero recientes trabajos arqueológicos han empezado a revalorar los mitos fundacionales de un gran número de sociedades. Las excavaciones en la colina Capitolina en Roma parecen confirmar importantes elementos de los relatos tradicionales sobre la fundación de la ciudad en el siglo VIII a. C. Y las investigaciones sobre el ADN respaldan lo dicho por una pequeña población de negros sudafricanos, cuya tradición oral insiste en que ellos vinieron de Israel hace siglos, al mostrar una fuerte similitud genética entre ellos y los judíos del presente.

En cierto sentido, las sociedades tradicionales llevan encima una carga mayor de pasado. Buena parte de sus energías intelectuales —como en Kitawa— se les van en aprender y en memorizar las tradiciones, la poesía oral y los cánticos de sus ancestros. Sólo que a las culturas orales con frecuencia se les imagina atadas a la tradición y como sociedades inmutables. De hecho, el que nada se escriba les permite liberarse un tanto de la tradición, lo que no sucede con las culturas escritas. Los funcionarios coloniales británicos consignaron puntualmente que en los mitos fundacionales de una cierta región de África el fundador del reino tenía siete hijos, los cuales correspondían a los siete territorios de su tierra. Cuando los británicos volvieron sesenta años después, se llevaron una sorpresa al enterarse que la gente del lugar ahora insistía que el mítico fundador de su reino había tenido cinco en lugar de siete hijos. Cuando los británicos sacaron el documento escrito para demostrar su afirmación, los locales insistieron en que el documento sencillamente estaba equivocado. La situación cambió en el transcurso de las décadas y el área ahora estaba dividida en cinco y no en siete territorios. La tradición oral respondió modificando el mito, a la vez que sostenía (y sin duda creía) que era inmutable y fijo.

Aun cuando un gran número de culturas orales practica los rituales de sus ancestros, en muchos sentidos viven más atentos al presente que las culturas escritas. Es interesante observar que la gente de Kitawa —al igual que la de muchas otras sociedades orales— no tiene el tiempo pretérito en su lenguaje. Esto, por supuesto, no quiere decir que no tengan una idea del pasado: su lenguaje tiene otras maneras de indicar el pasado y el pasado distante. Sólo que en un mundo en el que no existe la forma de consignar las fechas y los acontecimientos, se vuelve difícil, cuando no imposible, llevar una cuenta preci-



sa de los siglos pasados. La gente a la que entrevistó Giancarlo Scoditti, por ejemplo, se refería a los fundadores de su clan como el abuelo y la abuela, como si estas personas hubieran vivido en una fecha relativamente reciente. Para las sociedades orales, el pasado distante es necesariamente un continuo indiferenciado. Un gran número de tribus de indígenas norteamericanos no está de acuerdo con la idea de que sus ancestros migraran de Asia a través del Estrecho de Bering, e insisten en que su gente ha vivido en su sitio actual desde tiempo inmemorial. Muchos de los habitantes de Madagascar creen que sus antepasados siempre vivieron ahí, no obstante que los datos arqueológicos sugieren que tales ancestros empezaron a poblar la isla hace menos de dos mil años.

LA TECNOLOGÍA DE LA ESCRITURA

La historia como la conocemos comienza con la escritura. El acto de escribir en cierto sentido nos separa del pasado al volverlo un objeto en el exterior de nosotros mismos, una tableta de piedra o un glifo pintado cuidadosamente.

La escritura es una tecnología que se inventó para cubrir necesidades específicas que surgieron en un momento particular de la historia. Ya sea en el Medio Oriente, en China o en el Valle Indus, la escritura fue el producto de las primeras sociedades agrícolas mayores. El excedente agrícola permitió la creación de redes comerciales, las cuales requirieron de la comunicación y del mantenimiento de registros entre la gente que estaba separada en el espacio y en el tiempo. Y no es de sorprender que muchos de los primeros ejemplos conocidos de escritura documenten las transacciones comerciales en las que la gente intercambiaba trigo y cebada por cabezas de borregos y reses. La escritura permitió al gobierno de un estado centralizado controlar un enorme territorio unificado. Tal vez no sea accidental que uno de los más tempranos textos glíficos egipcios que se conservan sea el de la famosa Paleta Narmer, que celebra las conquistas del rey Narmer, a quien se tiene por el unificador del Egipto del norte con el Egipto del sur.

Los escribanos gozaron de un prestigio especial en el antiguo Egipto, y ya desde entonces los egipcios entendían que el control del medio dominante equivalía a poder político. Una antigua invocación egipcia dice: “Allá tú serás el escriba y mantendrás bajo control a aquéllos que realicen actos de rebeldía... en mi contra”. Ciertamente, el antropólogo Claude Lévi-Strauss escribió en *Tristes trópicos* que la escritura funcionó principalmente como una herramienta para la esclavización y el control de la humanidad. Luego de que los normandos conquistaran Inglaterra en



1066, entre las primeras cosas que hicieron para consolidar su dominio fue comisionar un vasto censo escrito de todos los hombres, mujeres y cabezas de ganado. Los habitantes comprendieron el poder que este nuevo documento les confería a los nuevos gobernantes, por lo que lo llamaron el *Libro del Juicio Final*.

Sin embargo, la escritura fue vista por muchas de las sociedades que originalmente la adoptaron como algo que tenía propiedades mágicas: la habilidad para detener el tiempo y conservar las cosas para la eternidad. Los egipcios estaban tan convencidos del poder de sus glifos que escribir algo equivalía a dar vida. Así, cuando trazaban el símbolo de la serpiente, por lo general lo dejaban con un espacio sobre la mitad de su espalda, como si la víbora, completa, fuera a saltar de la pared y mordiera a alguien. (La tradición judía de dejar en blanco una letra del nombre de Dios es testimonio de una creencia similar en el poder de la letra escrita.)

No obstante que la escritura se ha empleado como una herramienta de control social y político, la extensión del alfabetismo asimismo creó una actitud crítica hacia la tradición que es reconocidamente moderna. Es bastante más sencillo escrutar e interrogar un texto escrito que uno que es recitado en un trance casi rapsódico como al parecer hacían los griegos durante las representaciones de las épicas de Homero. “La difusión de la escritura limitó el crecimiento del mito y a los griegos los volvió escépticos en relación con sus dioses”, escribió Harold Inns, historiador canadiense de temas económicos, quien fuera el mentor de Marshall McLuhan. “Hecateo de Mileto pudo decir: ‘Escribo lo que me parece verdadero, pues las tradiciones de los griegos me parecen múltiples y risibles’, y Xenofanes: ‘si los caballos o los bueyes tuvieran manos y pudieran dibujar o esculpir estatuas, los caballos representarían a los dioses en forma de caballo, y los bueyes en forma de bueyes’”. Tucídides cita a Pericles diciendo: “No necesitamos las loas de un Homero o de cualquier otro cuyas palabras pudieran agradarnos por un momento, pero cuya idea de los hechos se quedaría corta de lo que en realidad sucedió”.

La invención del alfabeto —realizada por los fenicios y refinada por los griegos— fue casi tan revolucionaria como la de la misma escritura. Ésta le permitió a la gran variedad de hablas humanas su representación en un código fonético de poco menos de veinte símbolos que hasta un niño pequeño era capaz de aprender en unas cuantas semanas. En la sencillez extrema del alfabeto griego se encuentra parcialmente el por qué el griego se convirtió en el lenguaje común de una buena parte del mundo mediterráneo, desde Turquía y Siria, al Oriente, hasta España y el norte de África, al Oeste. La antigua biblioteca de Alejandría fue, en muchos sentidos, la expresión últi-

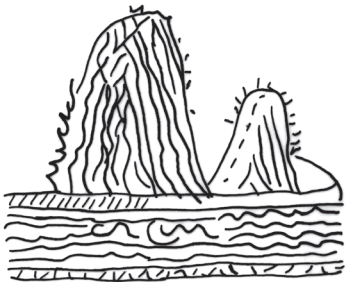
*La invención del alfabeto
—realizada por los fenicios
y refinada por los griegos—
fue casi tan revolucionaria como
la de la misma escritura.*

ma de esta extraordinaria expansión de la producción literaria helenística. Alejandría fusionó dos de las grandes civilizaciones del mundo antiguo y reunió el *software* del alfabeto griego con el *hardware* del papiro. No fue accidental que la mayor biblioteca de la antigüedad, con sus 490 mil volúmenes, fuera una biblioteca griega localizada en Egipto.

La disponibilidad de un gran número de textos en un solo lugar ayudó a crear una cultura libresca con un toque moderno. Los alejandrinos ya consideraban a los primeros autores griegos —Homero, Hesíodo, Heródoto y Esquilo— como antiguos. No sólo se interesaron en crear nuevos mundos para la literatura, sino en estudiar y preservar el pasado, por lo que se involucraron en el estudio sistemático de la gramática, la bibliografía y la filología. Con el propósito de establecer la autenticidad de los textos, estos académicos incursionaron en intensos análisis filológicos, produciendo estudios tales como el de “Palabras que supuestamente eran desconocidas para los antiguos”, una de las muchas obras que estaban en esa biblioteca y de la cual tenemos su título mas no el texto. La cultura libresca de los alejandrinos creó una idea muy fuerte del pasado, junto con una idea de su propia “posterioridad” y modernidad.

La antigua biblioteca —y la multiplicación de los textos— no sólo creó una cultura literaria muy consciente de ella misma sino que también fue importante para la investigación científica de Alejandría. Al igual que el gran Arquímedes, los estudiosos viajaban a Alejandría por consultar la biblioteca. La revolución científica de Alejandría no sólo fue el resultado de brillantes intelectos especulativos; una generación de estudiosos se montó sobre el saber y las obras de otras generaciones. Las brillantes obras matemáticas de Arquímedes, sobre temas tan sofisticados como la geometría de las superficies cónicas, se cimentaron en los *Elementos de geometría* de Euclides, producidos en Alejandría.

Sólo que muchos de estos avances no pasaron de ser temporales debido a la dispersión de los textos y a la vulnerabilidad de la cultura manuscrita. De este modo, algunos de los adelantos realizados en Alejandría durante el siglo III a. C. ya se habían perdido unos siglos más adelante.



LA IMPRENTA Y EL DESCUBRIMIENTO DEL PASADO

La invención de la imprenta de tipo móvil fue el acontecimiento central que transformó nuestra capacidad para preservar el pasado y transmitir el conocimiento de una generación a otra. “El pasado es una carga que debemos a la imprenta”, escribieron Eugene Rice y Anthony Grafton, historiadores del Renaci-

miento. En cierta forma, no fue sino hasta la imprenta que el pasado se convirtió verdaderamente en pasado, volviéndose una letra muerta sobre la página más que la obra de una mano con vida. Antes de la invención de la imprenta, hasta los intelectos más despiertos tenían una idea sumamente esquemática de la historia cronológica. Sin la cuantiosa documentación y la preservación de un registro que la imprenta facilita, es sumamente arduo llevar una buena secuela de fechas y acontecimientos. Por ejemplo, Petrarca, el poeta y estudioso italiano, creía que los manuscritos de los textos antiguos que él vio en escritura carolingia (que se adoptó en la Francia medieval) eran en realidad manuscritos romanos antiguos. Toda vez que el número de textos que una sola persona se encontraba eran necesariamente pocos y casi todos ellos copias de copias, distinguir un texto antiguo de uno reciente no era tarea fácil. Toda vez que casi todos los textos antiguos fueron copiados por manos medievales, las fronteras cronológicas resultaban en cierto sentido confusas. Del mismo modo, la gente en la Italia del siglo XV estaba convencida de que el bautisterio de la catedral de Florencia era un edificio antiguo, aun cuando se construyó entre los siglos XI y XIII. Así, en unos cuantos cientos de años el exacto conocimiento de su origen se había perdido. Como el bautisterio es octagonal y los arquitectos de principios del siglo XV estaban convencidos de que el octágono era una forma antigua, tenía que ser antiguo. A nuestros ojos, el bautisterio, con su mármol blanco y verde, nada tiene de antiguo. Pero los florentinos —hasta antes de la invención del grabado— casi no tenían manera de ver edificios antiguos, salvo viajando a Roma y a otras ciudades romanas. Para la gente de nuestro tiempo resulta muy sencillo olvidar lo limitado que era el acceso al conocimiento en un tiempo en el que tal vez sólo existía una copia manuscrita de un cierto libro. Los estudiosos del derecho tenían que viajar de un extremo a otro de Europa para consultar el Código Justiniano, el principal código del derecho romano, cuya única copia estaba celosamente guardada en Ravena. Antes de la imprenta, lo pausado de las copias se tradujo en que muchas obras fundamentales eran, para todo fin y propósito, inexistentes. Dante, el gran poeta de la Edad Media, nunca leyó a Homero, el gran poeta de la antigüedad. (En toda Europa no existían más que algunos textos de Homero y no traducciones.) El conocimiento del griego antiguo se redujo casi a nada junto con el número de textos griegos disponibles.

La imprenta se inventó en los primeros 1450 años, en el momento en que los turcos otomanos conquistaron Constantinopla, el último gran acervo de la sabiduría griega antigua. Así, en una coincidencia extraordinariamente fortuita, los antiguos estudiosos griegos y sus textos empezaron a desplazarse de

Para la gente de nuestro tiempo resulta muy sencillo olvidar lo limitado que era el acceso al conocimiento en un tiempo en el que tal vez sólo existía una copia manuscrita de un cierto libro.

En la época medieval, muchas personas tuvieron la impresión de que la historia, en lugar de avanzar, era un continuo alejamiento de una edad de oro representada por la Atenas de Pericles y la Roma imperial.

Oriente a Occidente precisamente en el momento en que la Europa occidental estuvo en condiciones de darles un público mucho más amplio por medio de la tecnología de la imprenta. Con la disponibilidad de tanta información, la periodización de la historia, que es parte tan integral de nuestra sensibilidad moderna, empezó a tomar el mando. Así las cosas, Erasmo, uno de los primeros grandes autores de la era de la imprenta, fue capaz de demostrar, por medio de intensos análisis filológicos, que los pasajes en el Nuevo Testamento que se referían a la Trinidad se añadieron al texto original en el siglo IV d. C., cuando se daba el debate en la Iglesia sobre el trinitarismo. Erasmo fue capaz de hacer lo anterior mostrando que el texto empleaba palabras griegas que sencillamente no se usaban en el primer siglo de nuestra era, cuando se escribieron los demás evangelios. Esto habría sido imposible sin la inundación de libros nuevos impresos en griego durante la segunda mitad del siglo XV.

Este tipo de conciencia crítica es resultado no de la imprenta *per se* sino de la extensión de la disponibilidad de los textos. Los estudiosos de Alejandría, con su enorme biblioteca, hicieron el mismo tipo de análisis filológico cuando trataron de establecer el texto más auténtico de Homero y compilaron listas con las “Palabras que supuestamente eran desconocidas para los antiguos”. Y el humanista italiano Lorenzo Valla, unos años antes de la invención de la imprenta, empleó métodos muy semejantes para demostrar que la *Donación de Constantino* —un texto latino en el que el emperador romano otorgó supuestamente las tierras del centro de Italia a la Iglesia católica— era una falsificación medieval más que un texto antiguo auténtico. El análisis comparativo realizado por Valla se benefició del incremento dramático de textos latinos al final de la Edad Media. La imprenta incrementó exponencialmente lo anterior: se calcula que en los primeros cincuenta años de la era de la imprenta se llegaron a imprimir unos veinte millones de libros, muchos más de los que se habían copiado en las centenas de años de escritura anteriores.

LAS CONSECUENCIAS CULTURALES DE LA IMPRENTA

En la época medieval, muchas personas tuvieron la impresión de que la historia, en lugar de avanzar, era un continuo alejamiento de una edad de oro representada por la Atenas de Pericles y la Roma imperial. En cierto sentido, la naturaleza de la cultura manuscrita estimuló esta idea: los textos mismos se deterioraban a cada generación conforme cada nueva copia introducía sin percibirlo nuevos errores. Todos los grandes textos científicos de la antigüedad —como la *Geografía* de Ptolomeo, la *Historia natural* de Plinio y *De architectura* de Vitruvio— con el paso de los siglos perdieron las ilustraciones que los

acompañaban. Petrarca acuñó el término *edad de las tinieblas* para referirse a su propio tiempo (el siglo XIV), no al comienzo de la Edad Media. Pero la imprenta fue una de las varias innovaciones que convencieron a los hombres del Renacimiento de que en cierto sentido eran superiores a los antiguos. Francis Bacon escribió: “Debemos notar la fuerza, el efecto y las consecuencias de los inventos que en ninguna parte son tan conspicuos como en tres de ellos que los antiguos no conocieron, a saber, la imprenta, la pólvora y la brújula. Pues estos tres han cambiado la apariencia y la condición del mundo entero.”

La invención misma de la imprenta se convirtió en una especie de línea de demarcación que separaba la etapa moderna de los tiempos medievales y antiguos.

La idea moderna de la historia progresiva, la noción según la cual cada generación se monta sobre el conocimiento y los alcances de la anterior, le debe mucho a la invención de la imprenta. Mientras los manuscritos empeoraban cada vez más a cada nueva ronda de copias, una de las grandes satisfacciones de la imprenta consistió en que los impresores fueron capaces de producir varias ediciones de una obra, corrigiendo los errores y poniendo al día los materiales contenidos en las ediciones anteriores. Los primeros impresores llegaron incluso a solicitar a los lectores que les enviaran sus correcciones con el fin de mejorar las ediciones posteriores. “La facultad que la imprenta nos ofrece de mejorar y corregir nuestras obras en las ediciones subsecuentes es para mí la ventaja principal de este arte”, escribió el filósofo inglés David Hume. Como escribió Elizabeth Einstein, historiadora de la revolución de la imprenta, “la estabilidad tipográfica es un prerequisite básico para el rápido avance del saber”.

La imprenta aseguró que los descubrimientos no se extravíaran. En décadas recientes los historiadores dejaron muy bien establecido que navegantes nórdicos como Leif Eriksson “descubrieron” América mucho antes que Colón. Sólo que el descubrimiento de los nórdicos quedó registrado en unos cuantos pedazos de pergamino y en breve pasó al olvido, y por lo tanto no trajo consigo los sucesivos viajes que transformaron en una realidad duradera a la colonización de América. Por otra parte, la carta de Colón al rey de España describiendo su viaje se publicó por toda Europa a los dos años de su regreso. Esto garantizó el que otras embarcaciones provenientes de Europa empezaran a explorar los nuevos territorios.

La permanencia de la imprenta significó para científicos y técnicos el que pudieran construir a partir de hallazgos previos, a la vez que daban a conocer sus propias invenciones por medio de las publicaciones periódicas con una gran rapidez. La imprenta le dio al trabajo científico un verdadero impulso, llevando al prodigioso estallido de la Revolución Industrial.



LA IMPRENTA Y EL CULTO A LA ANTIGÜEDAD

Curiosamente, esta creciente sensación de progreso y de modernidad que la imprenta ayudó a impulsar fue de la mano con el culto a la antigüedad y un interés cada vez mayor en el pasado. La gente empezó a exhumar sistemáticamente las antiguas estatuas en Italia y en otros lugares durante el siglo XV, justo en el momento en que empezaban a exhumar y publicar textos antiguos perdidos.

Los efectos de la imprenta en nuestra relación con el pasado son múltiples y complejos. Por un lado, la imprenta hizo del pasado algo mucho más presente y asequible; por otro, la creación de los primeros museos fue, en cierto modo, una señal de que las obras antiguas eran susceptibles de convertirse en objeto de colección porque el pasado ahora era pasado. En la Edad Media y el Renacimiento, los artistas y mecenas no tuvieron empacho en dismantelar las antiguas construcciones para realizar otras nuevas. Aún en el siglo XVII, los principales arquitectos usaron el Coliseo como surtidor de mármol para sus propias obras. La actitud cambiante hacia el pasado se refleja en la evolución de la restauración de las obras de arte antiguas, tal y como lo exploro en el segundo capítulo de *El futuro del pasado*. Hasta hace relativamente poco tiempo, tanto en Occidente como en Oriente, la tendencia dominante fue la de reconstruir las obras de la antigüedad y tratar de dejarlas como nuevas. Tal vez porque seguía existiendo una idea de continuidad entre el pasado y el presente, Gianlorenzo Bernini ni se inmutó al alterar las esculturas antiguas y se imaginaba a sí mismo en competencia directa con las obras de arte de la antigüedad. Pero cuando dio comienzo la arqueología sistemática y emergieron los perfiles del mundo moderno, el pasado dio la impresión de alejarse y los objetos antiguos se volvieron valioso e intocables. Un punto nodal en la historia se localiza en el principio del siglo XIX, cuando Lord Elgin se llevó a Londres el friso esculpido del Partenón pero dejando tal cual, por insistencia del escultor neoclásico Antonio Cánova, las partes rotas o faltantes tal y como las encontraron. Así las cosas, entre la época de Bernini y la de Cánova, algo importante sucedió en nuestra actitud hacia el pasado. La cultura anticuaria del neoclasicismo, al colocar al pasado en un pedestal y en un museo, lo vio como un pasado verdadero.

En toda una variedad de campos, la imprenta tuvo el efecto paradójico de glorificar en primera instancia a los antiguos y enseguida de revocar su autoridad. En el primer siglo de la imprenta, la recuperación y publicación de textos antiguos fue vista como algo fundamental para el avance de la ciencia. Así, al final del siglo XV, el brillante matemático y astrónomo alemán Johannes Regiomontanus se propuso servir a la causa de la cien-



cia no con el montaje de un laboratorio, sino aprendiendo griego y poniendo en marcha una imprenta. Preparó una nueva traducción meticulosa al latín del *Építome* de Ptolomeo, la obra más importante que se conocía sobre teoría planetaria, la cual imprimió en 1496. Aunque la obra de Ptolomeo se basaba en la idea errónea de que el sol se movía alrededor de la tierra, la precisión de sus cálculos y sus rigurosos métodos matemáticos formaron a varias generaciones de nuevos astrónomos como Copérnico, quien más adelante superó a Ptolomeo al introducir el universo heliocéntrico. La publicación de *De revolutionibus orbium coelestium* (1543) de Copérnico no habría sido posible sin la publicación de Ptolomeo, aun cuando volvió obsoleto a Ptolomeo.

Lo mismo sucedió en los campos de la geografía, la física, la botánica y la medicina, en que los autores antiguos al principio habían sido puestos sobre un pedestal y unas generaciones después fueron derrocados. En algunos casos, el acto mismo de la publicación —al exponer las obras a un escrutinio detallado— reveló sus imperfecciones. Al reeditar la *Historia natural* de Plinio, el botánico italiano Niccolò Leoniceo corrigió unos quinientos errores que localizó —errores botánicos así como errores que se filtraron al texto a través de siglos de copiado y recopiado.

La publicación de la *Geografía* de Ptolomeo fue un factor importante para animar el viaje a América de Cristóbal Colón, aun cuando ese descubrimiento reveló definitivamente las limitaciones y los errores en el conocimiento del mundo que tenía Ptolomeo.

“Entre 1550 y 1650 los pensadores de Occidente dejaron de creer en que eran capaces de encontrar todas las verdades importantes en los libros antiguos”, escribe Anthony Grafton. Enseguida describe la forma en que el jesuita José de Acosta se dio cuenta, al cruzar la línea del Ecuador en Sudamérica, de que estaban completamente equivocadas las descripciones que hizo Aristóteles de la Zona Tórrida. Los antiguos habían insistido que quien pasara por esa región moriría quemado, mientras De Acosta se vio padeciendo un frío repentino. “¿Qué otra cosa podía hacer”, escribió, “más que reír de la *Meteorología* de Aristóteles y de su filosofía?”

Así las cosas, la imprenta, un siglo después de su invención, tuvo el extraordinario efecto de provocar el primer redescubrimiento y de inmediato el primer eclipse de los antiguos.

*Así las cosas, la imprenta,
un siglo después de su invención,
tuvo el extraordinario efecto
de provocar el primer
redescubrimiento y de inmediato
el primer eclipse de los antiguos.*

LA IMPRENTA Y LA CULTURA SECULAR

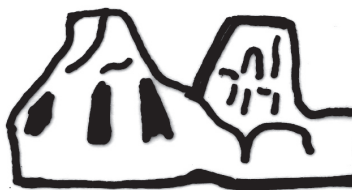
El derrocamiento de la autoridad científica de figuras como las de Aristóteles, Ptolomeo, Galeno y Plinio, y el desmantelamiento filológico que realizó Erasmo de la doctrina de la Trinidad, fueron evidencia de una manera crítica de pensar inherente a la

cultura de la letra impresa. El poner en las manos de los lectores un gran número de libros tiende a facultar a esos lectores al ofrecerles fuentes alternativas de conocimiento ante la autoridad recibida. (Es por este motivo que la Iglesia católica se opuso vehementemente a traducir la Biblia del latín a las lenguas vernáculas y por el que los sultanes otomanos prohibieron la imprenta con la pena de muerte en 1516, condenando al imperio a una larga etapa de lenta decadencia.) Es algo muy aceptado entre los historiadores que la revolución de la imprenta le dio alas a la revolución protestante de Martín Lutero. Ya habían ocurrido rebeliones en contra de la autoridad de la Iglesia —muchas de las ideas de la Reforma estaban presentes en las obras de Jan Huss y John Wycliff, quien realizara la primera traducción al inglés de la Biblia. Pero la Iglesia se las arregló para opacar a Wycliff y a Huss, porque ellos fueron incapaces de hacer circular sus ideas. En 1517, las famosas tesis de Lutero se imprimieron por toda Europa en quince días.

El sociólogo Max Weber y otros han señalado los estrechos vínculos entre el ascenso del capitalismo y la ética protestante —con el énfasis común en ambos sobre el individuo y la autodisciplina. Otros han señalado la aportación de la revolución de la imprenta a la Reforma, pero también existen vínculos orgánicos entre la imprenta y el capitalismo. La imprenta en Europa —a diferencia de las tabletas de arcilla y el papiro— fue desde el principio una tecnología y una industria comercial.

Debido a que fue un negocio lucrativo a la vez que una tecnología, la imprenta nunca dejó de buscar nuevos mercados a los cuales abastecer con un número siempre en aumento de libros. Los efectos de esto fueron discutiblemente más radicales que la revolución cibernética de la actualidad. Toda vez que la imprenta fue un negocio y no solamente una tecnología, la búsqueda de mercados cada vez más grandes llevó a la democratización de la lectura y a cambios en la naturaleza de los lectores, así como en la naturaleza de los libros que publicaba.

Los cambios en cantidad desembocaron en cambios en calidad. En los primeros cincuenta años de la imprenta (1450 a 1500) el 77 por ciento de los libros conocidos que sobreviven se escribieron en latín y la gran mayoría fueron de carácter religioso. Medio siglo después, aunque el número de libros religiosos no disminuyó, éstos fueron superados ampliamente por una inundación de textos clásicos conforme empezó a dominar una cultura humanista. Sin embargo, como la mayor parte de los libros humanistas también estaban escritos en latín, la siguiente oleada de impresiones involucró la apertura a la impresión a quienes hablaban únicamente sus lenguas nativas. De este modo, en el siglo XVII se dio una explosión de libros en las lenguas vernáculas europeas.



El número cada vez mayor de libros modificó al tipo de persona que leía y poseía bibliotecas. En su obra seminal *El origen del libro*, los historiadores franceses Lucien Febvre y Henri-Jean Martin pasan revista a los testamentos en que se legaban bibliotecas bien avitualladas en Francia. Entre 1480 y 1500 encontraron 25, todas ellas propiedad de clérigos, salvo una que era de un abogado. Entre 1551 y 1600 la proporción se invirtió dramáticamente: localizaron los inventarios de las bibliotecas que pertenecieron a 71 abogados y 21 clérigos.

Este cambio reflejó, con claridad, el surgimiento de una burguesía letrada. Más aún, el tamaño de las bibliotecas había crecido de manera significativa. A finales del siglo XV una biblioteca personal de buen tamaño tenía de 15 a 20 libros. Para 1550 no eran raras las bibliotecas personales de más de 500 libros. Los comerciantes comunes y corrientes y los abogados de pronto tuvieron acceso al conocimiento que tan sólo un príncipe o un arzobispo habrían tenido la esperanza de acceder apenas unos cincuenta o cien años antes —del mismo modo en que hoy la Internet le ha dado acceso a un individuo a un conocimiento que una o dos décadas antes era exclusivo de una corporación o de una biblioteca.

El hecho de que ahora los comerciantes y profesionistas contaran con la misma información que la aristocracia los llevó, casi de manera inevitable, a exigir también los mismos derechos. Alexis de Tocqueville escribió que la Revolución francesa se dio debido a que la población de Francia ya se había vuelto más igual:

Al remontarnos cada vez más atrás en el siglo XVIII encontramos un incremento correspondiente en el número de edictos reales... los cuales aplican las mismas reglas de manera semejante a todas las partes de los gobernados... No sólo se fueron pareciendo cada vez más las provincias entre sí, sino que en cada una de las provincias los hombres de clases diferentes, al menos todos aquellos que calificaban por encima de la gente común y corriente, se volvieron cada vez más semejantes, no obstante las diferencias de su rango.

ESCRITURA, LECTURA Y DEMOCRACIA

De hecho, la escritura se ha asociado a la democracia desde el tiempo de la antigua Atenas. Los griegos de la antigüedad insistían en que sus gobernantes pusieran sus leyes por escrito para que los ciudadanos pudieran observar la obra de aquellos que gobernaban. El alfabetismo fue un requisito de la ciudada-

De hecho, la escritura se ha asociado a la democracia desde el tiempo de la antigua Atenas. Los griegos de la antigüedad insistían en que sus gobernantes pusieran sus leyes por escrito para que los ciudadanos pudieran observar la obra de aquellos que gobernaban.

De hecho, en términos muy generales, la expansión del alfabetismo ha ido de la mano de la emancipación de esferas cada vez más amplias de la sociedad.

nía en Atenas y una manera de evaluar la confiabilidad de los dirigentes de parte de los ciudadanos.

El crecimiento de la imprenta y el surgimiento de los diarios expandieron el alfabetismo, con incómodos efectos democratizantes. Como escribiera, con molestia, en 1663 un crítico conservador: “Un público Mercurio familiariza demasiado a la multitud con los actos y consejos de sus superiores, la vuelve demasiado pragmática y censora, y le da, no nada más una pizca, sino una especie de colorido derecho y licencia a meterse con el gobierno.”

Si bien en ocasiones el alfabetismo se ha empleado como una barra para excluir a los iletrados del ejercicio del poder, la lectura y la escritura por lo general han sido una manera de empoderamiento. Existieron buenas razones para que los esclavistas en Estados Unidos convirtieran en un crimen el enseñar a leer a los esclavos. Frederick Douglass, quien mucho padeció para aprender a leer —no obstante la estricta prohibición de su amo—, vio en eso un peldaño esencial en su eventual liberación. De hecho, en términos muy generales, la expansión del alfabetismo ha ido de la mano de la emancipación de esferas cada vez más amplias de la sociedad. Y la sensación del contexto histórico que viene con el alfabetismo es parte del sentimiento de emancipación; saber de dónde viene uno es importante para formarse una idea de a dónde se quiere ir.

Vilanos de papel*

Andrés Trapiello

Una biblioteca personal no es una suma de libros, como acaso lo son muchas bibliotecas públicas. La biblioteca que alguien ha reunido a lo largo de los años se parece sobre todo a su propia vida. Lo que uno ha sido tanto como lo que no ha podido ser. Desde fuera tal vez se vea como un laberinto, uno de esos prestigiosos arcanos literarios, pero al acercarse a él encontramos que es lo más parecido a un pequeño, asequible y hospitalario oasis.

* Tomado de *El País*, 22 de mayo de 2007.